

Jorge Eduardo Benavides

LA PAZ DE LOS VENCIDOS



Madrid, 2014

© de la obra: Jorge Eduardo Benavides, 2009, 2014
Publicado originalmente en 2009 por Alfaguara, Perú

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.es
www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: abril de 2014

Preimpresión: PARIMPAR, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*
Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código BIC: FA
ISBN: 978-84-939750-8-1
Depósito Legal: M-10777-2014

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

XII PREMIO DE NOVELA CORTA JULIO RAMÓN RIBEYRO, 2009

El 10 de febrero de 2009, en Lima, el jurado, presidido por Luis Jaime Cisneros e integrado por Abelardo Oquendo, Alonso Cueto, Mirko Lauer y Marcel Velázquez, otorgó el XII Premio de Novela Corta Julio Ramón Ribeyro a la obra *La paz de los vencidos*, de Jorge Eduardo Benavides.

5 DE OCTUBRE

El esfuerzo de una mudanza. La engañosa simplicidad de mi mudanza. Acabo de terminar —creo— de meter mis cosas en este departamentito pequeño y algo oscuro, de suelos negros y espejeantes, de ventanas que se abren hacia el interior de un patio donde, de piso en piso, se tienden cordeles para la ropa. Acabo de terminar y estoy boqueando, con la lengua afuera, sentado sobre una caja grande y llena de libros, en medio de un desorden algo geométrico y de cartón, pañuelo en mano. Cuando estaba en la otra casa vivía con la ingenua, alegre certidumbre de poseer pocas cosas, apenas lo imprescindible. La mudanza anterior —de Santa Cruz a La Laguna— apenas me requirió una tarde y todas mis pertenencias cupieron en el inutilitario de Enzo sin mayores complicaciones. En estos últimos dos años no recuerdo haber adquirido muchas cosas, salvo algunos libros, el televisor, la licuadora y unas cacerolas. Seguí pensándolo así cuando me resigné a esta mudanza porque el otro piso ya me salía muy caro, de manera que no le di importancia. Empecé a sospechar que tal vez estaba equivocado el sábado por la mañana,

después de desayunar, con las primeras cajas donde fui metiendo ropa, toallas, sábanas, libros, la colección de elepés de *jazz*, más libros. Cuando me dieron las cinco de la tarde ya había sido ganado por una espantosa sensación de hundimiento y zozobra porque no terminaba de desmontar el anaquel de los libros, una de esas malditas estanterías que vienen con su llavecita como un bastoncillo de base octogonal, y que se predicen de una facilidad increíble. Nunca en mi vida he puteado tanto. El domingo todavía estaba clasificando libros, exhausto, sucio, en medio de un desbarajuste monumental, buscando una caja adecuada para el televisor, embaldando la plancha y la licuadora y los diccionarios (¡maldita sea con los diccionarios!), pujando con una maleta de dimensiones absurdas para tantos cachivaches recopilados durante los últimos años, convencido de lo absolutamente equivocado que estaba al situar mi vida dentro de los parcos límites de un casi ascetismo urbano. ¿Cuántos peldaños habré subido y bajado, transportando cajas y más cajas, paquetes y más paquetes, de mi vieja casa al auto, del auto a este piso? Supongo que los suficientes como para pensar que si el infierno existe, se debe de acceder a él a través de escaleras. Algo así como una Nueva York donde no se conozcan los ascensores. Y pensar que vine de Lima con algo de ropa y cuatro libros. Y unas pipas. Recién hoy, sentado en medio de este caos desesperanzador de cacharros cuya finalidad es, cuando menos, irrisoria, de libros y discos, de televisores y raquetas, calcetines y cacerolas, caigo en

cuenta de que, efectivamente, la libertad consiste en la no posesión de objetos. Y ahora, a desempacar y ordenar todo. ¿Qué demonios hago con esta libretita cojuda en la mano, mientras me queda tanto por hacer? La vida es una barca. Calderón de la mierda.

UN POCO MÁS TARDE

Sí, pero en la otra casa también has dejado los recuerdos, las imágenes mejores, el nombre de Carolina en una carta y dos dibujitos que ella te entregó hace tanto ya. Has dejado las ganas de hacer cosas, abandonadas en un rincón como cualquier trapo sucio, y eso siempre es un alivio.

7 DE OCTUBRE

Lo bueno de este trabajo es que tengo, por lo general, una eternidad de tiempo libre. Lo malo en cambio es que tengo, por lo general, una eternidad de tiempo libre. Hoy ha sido mi primer día en el salón recreativo y el patrón, que tiene unos bigotazos negros de corsario y una panza prominente y feliz, me ha explicado con palabras cortas y severas cuáles son mis obligaciones (miles) y mis derechos (pocos). En el primer apartado se inscribe el aseo del salón

durante mi turno, entregar el cambio a los clientes, vigilar que no haya robos e incentivar (sic) a los clientes para que inviertan todo su dinero en las maquinitas y las tragaperras. En el segundo ítem no hay que contar con días festivos, ni sábados ni domingos, pues sólo hay uno libre a la semana y quince de vacaciones anuales. No se me permite llevar material de lectura ni usar *walkmans*, gruñó mi jefe mirando el librito que yo traía en la mano, encontrarme leyendo en horas de trabajo acarrearía el despido inmediato. Otra cosa, ha dicho de pronto, clavándome sus ojos terribles de turco: si al hacer el arqueo al final del día falta dinero, se me descuenta del sueldo, que es un poco más del básico. «Entendido, ni libros ni música en horas de trabajo», dije con jovialidad, pero él siguió mirándome con su expresión de corsario otomano, como si su objetivo máximo en la vida fuera hacerme comprender que yo sólo soy un pelele y él poco menos que la mamá de Tarzán. Mira que hay gente desinformada, carajo, pensé una vez que se hubo ido, este buen hombre seguro ni se ha enterado de que la esclavitud se abolió hace mucho tiempo.

No hubo jaleo, hoy; apenas tres mujeres en las tragaperras y unos cuantos chicos en las maquinitas. Pero, bueno, mañana me toca el horario completo en el salón de la rambla Pulido y ya veremos si resulta tan movidito como me han dicho. Esa es otra: como soy correturnos, realmente nunca tendré el mismo horario ni podré delimitar ese estricto territorio laboral que nos ancla en la rutina, como

ocurre en cualquier otro trabajo. Ni siquiera compañeros de chamba. Parece que el desarraigo es lo mío.

13 DE OCTUBRE

Buen vecindario, no hay de qué quejarse. Ojalá no me equivoque, pero lo pensé nada más llegar y una vez concluidas las correspondientes averiguaciones, esos cambios de pareceres que uno efectúa consigo mismo de vez en cuando, como si en realidad quisiera verificar aquellas minucias ante las que, inexplicablemente, nos advertimos sin respuestas: si habrá mucha gente en el edificio, si llegará el ruido del tráfico, dónde estará el locoplata de turno que pone salsa como para que se enteren en las cumbres de Anaga de la perfecta calidad de su equipo de sonido, quién será el desgraciado que inunda los pasillos con el olor de los guisos..., esas cosas. Mis vecinos contiguos, esos que de ahora en más comparten una pared conmigo (la del pasillo; la de mi habitación colinda con otro edificio), son de mediana edad, de rostros medianos y mediano aspecto. Hacen un mínimo bullicio, casi como si en realidad lo único que pretendiesen es dejar constancia —la imprescindible— de su existencia y nada más. Es una bullita frágil y bien intencionada, algo compuesto por ruidos de cacerolas y alguna que otra puerta, cuatro o cinco canciones en el volumen adecuado y voces que se llaman amable, confiadamente. A ella la he visto apenas un

par de veces, a él en cambio me lo encuentro cada mañana. Tiene un rostro tan absolutamente neutro que es de campeonato y, sin embargo, algo se filtra con alevosía en su sonrisa correcta, algo que es como una amabilidad bien amaestrada, como si las veces que hemos tropezado en el pasillo hubiera querido decirme «soy un buen vecino, pero prefiero mantener las distancias». «Ve tranquilo, viejo», le digo yo con mi sonrisa y nos levantamos una ceja afable, murmuramos «hasta luego» o cualquier otra cosa por el estilo y chau. A lo mejor me equivoqué y resulta que el tipo es un psicópata que cualquier día acaba por coger un hacha para desmontar a su mujer como si fuera un mueble comprado en IKEA. Se le ve tan juicioso, tan en su sitio, tan equidistante de todo... En el fondo, me da un poco de temor la gente así.

15 DE OCTUBRE

En el edificio también viven unos chicos, unos universitarios muy centrados. Ayer por la noche, volviendo del bar donde quedé con Capote, los volví a ver. Son un pelotón y, no obstante, apenas se les oye. Y eso que todo el día arman un trasiego constante de amigos que suben y bajan: cuando los veo me recuerdan a las hormigas, tensas, reconcentradas, tocándose como para constatar que están allí, animando una única existencia que se extiende por conductos invisibles. Así son ellos: circunspectos, callados, rozándose apenas cuando unos suben y

otros bajan, deportivos y al mismo tiempo intelectuales, como son los universitarios de hoy en día. En esos rostros donde todavía quedan como unas imperfecciones blandengues de la no muy lejana infancia es sencillo reconocer al animal apolítico. Mucha preocupación ecológica y camisetas con leyendas en inglés. Tanta huevada para decir simplemente que son jóvenes. Qué cretino, ¿verdad?

19 DE OCTUBRE

Imposible no leer en el trabajo. Las horas se vuelven elásticas y vacías en el salón, y yo, embrutecido por el ruido cibernético y repetitivo de las máquinas, doy vueltas, contemplo la calle apostado en la puerta, fumo sin deseo, me acerco al tipo reconcentrado en depositar monedas de cinco duros en una tragaperras, vuelvo a mirar el reloj y regreso a mi cabina desvencijada, desde donde observo este mundo envilecido de hombres hoscos y solitarios que se enfurecen con las máquinas, de mujeres que entran al salón con aire culpable y se aferran a una *minifruit* en la que van dejando despeñarse infinitas monedas, de niños compulsivos que accionan botoncitos y palancas de colores con movimientos eléctricos y furibundos, como si en ello les fuera la vida. Tan pronto hay una efervescencia histérica de jugadores como tan pronto el salón queda desierto: parece que esta clientela, a simple vista heterogénea y dispar, estuviera vinculada por un mismo sistema nervioso que dicta órdenes

perentorias: llegar, jugar, huir, volver, siempre en estampida. Hoy, al apagar las luces y desconectar las máquinas, he quedado envuelto en una niebla irreal y densa, donde flotaba un mínimo zumbido fosforescente y tenue que por un momento me ha aturdido. Como si de pronto le hubieran arrancado la sonda a un enfermo terminal.

21 DE OCTUBRE

¿Qué son las despedidas si no esa puesta escénica de la nostalgia? Mi hermana y sus cartas de siempre, desde que estoy aquí: «... y esos largos silencios en que se sume de vez en cuando la mamá, estoy segura que tienen tu nombre», dice en su carta más reciente. Cómo explicarle que era necesario, que tenía que irme, que..., pero bueno: cómo explicarle nada a quien no puede aceptar las razones que ni uno mismo tiene. Hasta ahora les basta con saber que estoy bien. Que no muero de frío o de hambre. O de tristeza. Y eso que en mis esporádicas cartas no hay una sola palabra acerca de Carolina.

22 DE OCTUBRE

Prosigo con el inventario cotillológico vecinal (pero, al fin y al cabo, el cotilleo, el chisme o, mejor aún, la chismosería, que decimos en

Perú, sólo existe como tal cuando pasa de boca en boca, robusteciéndose como un árbol que se nutre al extender sus muchas raíces, algo que succiona para crecer: imaginar la vida como un espléndido Yggdrasil de embustes y mala fe, de figoneo y frivolidad... Bonito. Estos chismes conmigo mismo son más bien como los bisbiseos de las nonagenarias que dialogan incesantemente con esos fantasmas decrepitos que deben de ser sus recuerdos; cotilleo estéril, sin razón de ser, falsificación de cotilleo). Bueno, adelante pues, vieja chismosa:

En el piso de arriba, justo el que está encima del mío, vive una mujer rubia a quien todavía no he conseguido catalogar decididamente. Está en esa edad en que las mujeres se debaten entre renunciar a la coquetería mundanal que se ejercita aún en los meandros de la cincuentena y la vehemente fiereza con que algunas se aferran al deseo de seguir siendo unas jovencitas. (Claro, al final las que se han decidido por esto último sólo logran un simulacro de lo que pretendían, pero un simulacro bastante malo, porque al fin y al cabo la famosa Jovencita es sólo un estereotipo. ¿Quién me dice cómo demonios es una jovencita? Viendo a esas cincuentonas disfrazadas de diecisiete años, con poses y ademanes que resultan patéticos cuando quieren ser tiernos, obscenos cuando provocativos y flagrantemente reciclados cuando inocentes, me hago una mediana composición de lo que no es una jovencita. Y nada más). Bueno, pero volviendo al tema: el asunto con esta ¿mujer madu-

ra?, ¿señora?, ¿mujer a secas?, el problema, digo, consiste en que la imposibilidad de hacerle la ficha no radica en aquella edad difícil por la que atraviesa. Digamos que ello es más bien un síntoma de algo que se me escapa. Fuma con esos gestos llenos de molicie que tienen los fumadores habituales, los absolutamente crónicos, esos que de pronto advierten que tienen el cigarrillo en los labios únicamente porque el humo los ha hecho parpadear y ese momentáneo disgusto los arroja sin misericordia a la certeza de que son fumadores. Recién entonces comprenden el porqué de las toses matinales, la fatiga de subir trabajosamente veinte peldaños, los dedos amarillentos, el pestazo del tabaco impregnándoles hasta el subconsciente. Así fuma ella, con un ojo cerrado (como Popeye, exacto) y con manos impacientes, sistemáticas: arriba, abajo, arriba, abajo, uno, dos, uno, dos y la colilla aplastada contra un cenicero repleto. Esto último lo supongo, claro. Pero en contrapartida deberé decir de ella que no tiene el desaliño de esos empecinados fumadores que se han sumergido en nicotina hasta el cuello. Va siempre bien arreglada, usa trajes discretos —de vez en cuando nomás pega un patinazo con alguna minifalda que descubre el modesto crimen de la celulitis, ya la ampayé el otro día— y, cosa extraña, no huele a tabaco. Pero aquí viene lo raro: me mira largo, con una aviesa perplejidad, aunque no como se le puede mirar a un hombre, en cualquiera de sus interpretaciones, sino como se observa la caja de los fusibles o un desperfecto aparecido de súbito en nuestra planta y que no sabemos

bien a quién endosárselo. Probé incluso sonreírle aquella primera vez, mientras subía sudando la gota gorda con unas cajas llenas de libros, porque me llamó la atención y casi creí que me iba a dirigir la palabra, ya que una mirada así siempre es el prelude de la voz: no se mira de esa manera, salvo cuando nos van a abordar con una frase, por trivial que sea. Ella estaba en el descanso de la primera planta y, parada ahí, parecía estar esperándome. Sin alejarme mucho yo tampoco de mi perplejidad, digamos que desde el epicentro de mi perplejidad, probé a sonreírle, insisto, pero creo que ni siquiera se dio cuenta. «Es una loca de mierda y una maleducada», les expliqué a mis libros mientras abría dificultosamente la puerta de casa. Decidí darle la vuelta a la página y me dediqué a mis cosas, pero hace unas noches la vi otra vez. Ahí estaba su mano rutinaria, el cigarrillo en los labios y esa mirada de siempre por donde yo pasé sin que sus ojos me registraran. En realidad, advertí al fin, estaba mirando para adentro de sí misma. Era una autista tardía, vocacional, alguien que ha hecho de la autorreflexión una maniobra para establecer no sé qué tipo de fuga. Y sin embargo, ya digo, durante el día va bien arregladita y perfumada, hasta parece dinámica y a lo mejor lo es, una funcionaria eficiente (esas cosas ocurren y, además, el oxímoron me encanta), una mujer de empresa o algo así. Pero cuando se queda mirando de esa manera —claro, yo aquellas veces era sólo su punto de referencia para ajustar la mirada y olvidarse, nada más— es como si en realidad estuviera asistiendo con absoluta

frialdad a su propio desencanto, a un desencanto vital y enigmático para mí y que le debe de durar para toda la vida.

25 DE OCTUBRE

Está clarísimo. El escritor que se dedica a escribir un diario es cualquier cosa menos un escritor. Si en lugar de establecer el andamiaje de una estructura novelística, los progresos de una trama ficticia, la corporalidad de sus personajes inventados, se dedica a llenar un cuadernito como quien hace una especie de digestión anímica, a ratos y a trozos, según le venga en gana, entonces es un impostor, uno incapaz de admitirse con la fuerza necesaria para encarar el oficio elegido, uno que se regala con el consuelo de las páginas pudorosas y estériles que condenará al fondo de un cajón. Un fraude frente a sí mismo. Ese es mi mejor papel, allí me encuentro a mis anchas. Ya lo había advertido mi padre cuando le dije que quería ser escritor (no, no le dije «escritor», mi audaz ignorancia se permitió usar la palabra novelista. «Voy a ser novelista», le dije). Eso fue en el tercer o cuarto ciclo de Derecho, más o menos, y mis notas habían bajado ominosamente —Fuentes y Faulkner, la Woolf y Aldecoa comprados en un remate de cierta librería de la calle Azángaro tuvieron gran parte de culpa—, por lo que el viejo me llamó a su despacho para conversar sobre el asunto. Se ve que el hombre me tenía calado perfectamente,

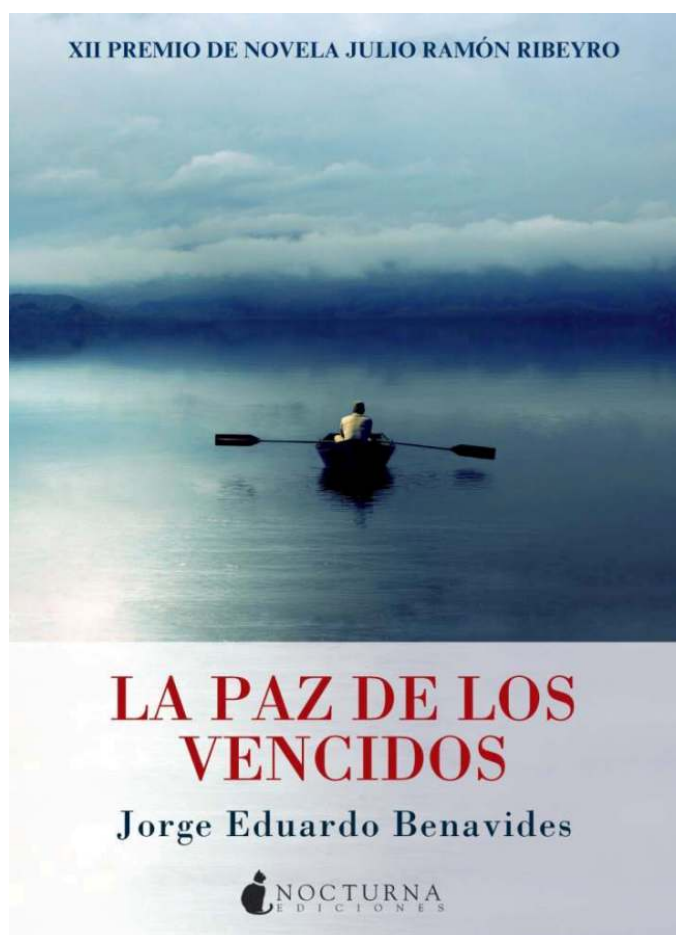
porque, cuando yo le solté lo de mi recién descubierta vocación, se limitó a encender su pipa y darme unas palmadas joviales en el hombro. «Tú eres un romántico, cholo», me dijo con una sonrisita algo irónica. «Te gusta más la parafernalia de escritor que trabajar para serlo, pero si quieres probar, allá tú. Eso sí, mejora estas notas, mi querido Proust». Matavocaciones, pensé, dándome la vuelta indignado, sin ni siquiera contestarle pero dispuesto a hacer que se tragara sus palabras, incapaz de considerar su juicio como una saludable y certera observación de quien había registrado los impulsos secretos y los desánimos vitalicios de mi modesta biografía. En mi cuarto, recostado en la cama y viendo tras la ventana mecerse los árboles de un parque cercano, elaboré la novela perfecta. Durante los días siguientes llegaba de la universidad y subía a mi habitación, desdeñoso y hermético. Allí tomé notas, bosquejé personajes, intenté un inicio (aunque sería más justo decir que inicié un intento), rompí mil cuartillas, pero a los quince o veinte días ya estaba exhausto, humillado, aburrido, sin ganas. Hasta hoy. ¿Todo esto a qué venía? Ah, sí, ayer tarde conversando con Capote tocamos el tema de refilón, como suele ocurrirnos cada vez que nos deslizamos hacia la literatura, y pensé que él se escuda en la edad —la terrible cincuentena— para demorar su tiempo en la preparación de unas reflexiones variadas, algo como «O» de Cabrera Infante o las prosas apátridas de Ribeyro. Pero él sabe que todo es sólo una excusa.

SIGUE LEYENDO

A la venta: **5-5-2014**

La paz de los vencidos

Jorge Eduardo Benavides



ISBN: 978-84-939750-8-1. **PVP:** 15 €

 **NOCTURNA**
E D I C I O N E S
www.nocturnaediciones.com

Distribución en España: UDL Libros (www.udllibros.com)